



Por las ventanas del desvencijado autobús entraba tibia la brisa de la costa. Yodizada. Con olor a gaviotas fantasma, deshelando graznidos de árboles resecos; resecos como arañas aferradas a la tierra y a los inmensos abismos suspendidas. Iba de regreso a San Rafael. De regreso por los caminos polvorientos de la piel, de la piel muerta y escamosa de los tiempos idos. Y me pareció que,

gal y hubo problemas de sangre con los cuerpos de seguridad). Algunos otros sobrevivientes del barro, de la porcelana, del caucho. Somos siempre sobrevivientes de algo, de cualquier materia natural o sintética de los procesos industriales.

Callamos. Por lo largo del camino y sus interminables vueltas quedamos dormidos como la niña del asiento delantero. Con un me-

lla humedad, me observó intrigada al verme asomar por el umbral de la puerta. No me había reconocido, ni yo a ella. Con su cuerpo torpe dio un movimiento de inquietud desde la silla de su invalidez.

—¿Es usted Teresa?

—Sí, yo soy Teresa, o tal vez no —titubeó.

—¿Quién es usted, para decirle si soy Teresa? es una respuesta importante.

—Soy Hugo.

—Hugo. ¡Qué felicidad! Felicidad si fuera un hermano menor que tengo.

—Soy él, Ud. es Teresa. ¡Hermana!

Se incorporó con dificultad. La expresión de su rostro era tensa, artrítica y dolorosa. Se quejó al dar unos pasos, trabajosamente, hacia mí. —¡Esta odiosa artritis! —protestó.

Quedó frente a mí, como esperando una comprobación. Estremeci. Su enfermedad era signo de cristal y de muerte. Pero en ella, en esa su vejez prematura, no me pareció mortal. A pesar de todo. De que la sal le rellenara los huesos, los entretelidos viscerales, lumbares; hasta llegar a su corazón que era ya sólo un fruto duro de sal. El cloruro de sodio cristalizado corroía, devoraba, le atormentaba. Y comenzaba a morir, a causa de fatal artritis, aquel ser amoroso, sombra de familia, a cada instante de este regreso.

tafísico mamarracho de plástico en nuestras manos, como huela del producto social de consumo.

San Rafael

Casi nada había cambiado. El tiempo se detuvo para poder nosotros alzar los ojos hacia arriba a las nubes, a las galaxias imaginarias. La hierba creció fresca, aun sobre las casas. Desde chicos aprendimos las tantas cosas que se descubren al ver hacia arriba. Nuestro Dios comprendió siempre los destinos y nos dio, tarde o temprano, un motivo hermoso —escandido— de vivir. Dios nunca se olvida de eso. El sentido de vivir es un detalle importante en su bondad.

La habitación tenía un color verdoso de botella. Las paredes blancas por la lechada de cal se tiñeron con los años de un verde triste; el verde del musgo, y de los líquenes de la memoria, de la humedad de los pasos sonoros que nunca vuelven a resonar bajo la tierra.

Una mujer, casi ciega por aque-

Cómo viven los poetas

La casa de Balaguer

Por R. Har-Varod

Llamamos a la puerta de hierro y latón, pintada de negro, y al extinguirse el último eco lúgubre y profundo en el interior de la casa, se abre una hoja, chillonamente, como tapa de ataúd nuevo. De ella emerge un inverosímil "valet de chambres", especie de mayordomo gótico, desjorobado alto, fibroso, bigote-mosca que pregunta quiénes somos y qué queremos. Cuando su intuición le dice que se trata de gente amistosa, los músculos circulares de la región buco-nasal de su cara se distienden como cortinaje de gran teatro, exhibiendo una dentadura menuda, apenas sobresaliente entre los dos tercios restantes de pura encia, colorada y sana. Se llama Abel. Dice que don Carlos no está, pero que pasemos adelante, que no tardará en volver.

La casa esta recién remozada. Adentro huele a cemento fresco. Las paredes han sido repelladas por el propio Abel, sonsonateco de mil oficios, con eficiencia tal que parece ser la de una mano acostumbrada a sellar nichos de cementerio o la de un destripador, experto en disimular emparedamientos. Todas las puertas interiores son de hierro, las ventanas están fuertemente enrejadas y el muro del patio, tiene una agresiva corona de vidrios quebrados y puntiaguados.

"Los ladrones se metieron hace poco," informa el valet, notando nuestro interés por las medidas de seguridad. Su observación le sugiere algo y agrega: "A veces los amigos de don Carlos se llevan cosas: libros, cassettes, pequeñas antigüedades... pero las devuelven". Para compensarnos por la evidente sospecha en que hemos incurrido, Abel amplía la dimensión de su sonrisa, hasta extremos increíbles. Nosotros adivinamos que el portentoso telón de boca se puede descorrer aún más y, secretamente, esperamos no dar motivo para ello, porque el hombre podría dejarretarse.

Al fondo del patio, en una oscura alberca, se cria una parvada de patos. Graznan frenéticamente por nuestra presencia. Balaguer dice que son mejores que los perros para cuidar la casa, con la ventaja de que se pueden comer, cuando no se venden los cuadros o no alcanza el presupuesto con lo que pagan por los artículos.

En esta casa abundan los santos y las santas, de palo. Hay docenas de cristos sangrantes, vírgenes dolorosas, candelabros de bronce, chorreados de cera amarilla y, entre toda la imaginaria, la efigie sombreruda de "San Simón", el del culto pagano-chapín, con hojas de ruda y un vaso con guaro al pie. Complementan el decorado fotografías tomadas en 1911, a galanes mostachudos, peinados con raya en medio, cortando a virtuosas señoras de escotes cerrados hasta la garganta; una "Victrola", de ancha bocina acampanada que ya no deja escuchar "La Voz de su Amo"; manojos de llaves herrumbrosas y un cuervo negro, disecado, que se yergue tieso, sobre una estaca, soportando —pobre destino el suyo— no tener siquiera un mal busto de Palas Atenea que lo dignifique.

Colgados de las paredes se encuentran los cuadros de la impresionante "serie negra" de Balaguer. Son "collages" logrados con materia orgánica, cuya descomposición se ha detenido mediante el empleo de formalina, lacas, pez, y otros preservantes químicos. Uno de los cuadros muestra un huevo cocido del que sobresalen ramas espinosas, sobre un fondo yermo. Otro, una mandíbula inferior humana, con un diente de oro en medio de semi-círculo blanco de la dentadura, que contrasta con el negro carbonario que le sirve de asiento. Algo llama mi atención en una mesa cercana: es un trépano, antiquísimo extractor de demonios para horadar el cráneo de posesos y alucinados. Al devolver la pieza a su sitio, reparo en que Abel, desde un oscuro observatorio, vigila cada uno de mis movimientos. Su celo es inútil: debería saber que sólo un profanador de tumbas podría robarse algo de esta casa.

En la máquina de escribir, asentada sobre un antiguo "secretaire", hay una página recién comenzada en la que se lee: "De una trágica existencia caemos en otra peor. Y desordenado queda todo: nuestra persona, la ciudad, el universo y hasta la oración...". De esta misma máquina han salido los títulos: "Si la Muerte nos dejara otra Primavera"; "Mirando la Ciudad Desdibujada"; "Lo diferente Pavoroso"; "La Cucaracha Anti-Kafka"; "Usted me hace Sentir Bien, Porque NO Tiene Cara de Persona Honrada"; y muchos otros.

Pero no todo es lúgubre en la casa de Carlos "Usher", quien por lo demás es una persona brillante, alegre y generosa. Piano, órgano, guitarra, flauta dulce y un laúd desencordado, son parte trashumante del mobiliario. Los instrumentos revelan la afición del pintor-poeta por la música. Los toca todos. Lo haría simultáneamente si pudiera y, de hecho, le hemos oído tocar en el piano y la armónica a la vez, el "Canto a la Alegría", su favorito, aunque no el de los vecinos, prosalicas criaturas que, en lugar de aplausos, hacen llover piedras sobre el tejado del poeta; tejado de vidrio como el de la mayoría de los poetas, sólo que en su caso, de diáfana transparencia y sobre todo irrompible.

Balaguer esta superando su "etapa negra". Actualmente escribe "Palabras que Inspiran" y pinta cuadros luminosos. Pero es que ahora vive en otra casa y, aunque conserva el mismo decorado, ha cambiado de valet.

San Salvador, entre agosto de 1979 y julio de 1980.

Por
Carlos
Balaguer